

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Pequetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
 Extranjero . . . 1'50 »

## La farsa parlamentaria

El hecho de haber renunciado en pleno Parlamento su acta de diputado el señor Maciá, ha revestido una gran importancia. ¿Será, tal vez, porque la renuncia se hizo con todo el aparato que requiere la *mis en scene*?

Porque en España, hombres de innegable talento y de probada honradez en el campo de la política, se habían negado a penetrar en el Congreso como diputados.

Estévez, elegido por Madrid, con más de 40.000 votos, no quiso presentarse en las Cortes. Igual hizo el doctor Rodríguez Méndez, elegido en Barcelona por 35.000 electores; y Costa que en unas elecciones obtuvo tres actas, también permaneció alejado del lugar donde se fabrican las leyes.

¿Qué contraste el de estos hombres de talento universalmente reconocido, renunciando actas, con la turbamulta de nulidades y mediocridades que se arrastran para conseguir las!

Es indudable que los que se niegan a ostentar el título de «padres de la patria», conocían el Parlamento «por dentro» especialmente Estévez, que había sido ministro de la Guerra en tiempos de la República.

¿Qué es lo que tanto temor infunde a estos hombres, así como a otros muchos de no menor talento y honradez, que cuando los llamados partidos populares les ofrecen el acta de diputado, siempre la rechazan?

Estos hombres, que no son anarquistas ni de la patria tienen el concepto que nosotros, no debieran negar su concurso cuando se les pide en nombre de la patria. Si lo niegan, es porque tienen la seguridad de que a los políticos, lo que menos les importan son los intereses que dicen representar; porque saben que en el Congreso sólo se discuten negocios que rinden pingües ganancias a las grandes Compañías y a los influentes intermediarios, y que la atmósfera que en el Parlamento se

respira es tan pestilente que sólo pueden soportarla los que de la política han hecho una profesión.

Tal vez el señor Maciá fué tan ingenuo que creyó que allí podría hacerse algo útil, y así le veíamos oponerse a la construcción de la escuadra, por considerar que los millones que a ella habían de dedicarse eran millones tirados al agua, a la vez que presentaba otros proyectos más en armonía con las necesidades del país.

Pero jamás las Cortes habían llegado a la decadencia que en los actuales momentos.

Cuando a consecuencia de la nefasta guerra europea, la industria se paraliza por falta de las primeras materias necesarias para la producción, en vez de preocuparse el Gobierno de esto, presenta a las Cortes varios proyectos de reformas militares, para lo cual entra en componendas con las oposiciones, a tal punto que el señor Maciá se siente asqueado, no sólo del Gobierno, sino del Parlamento en general, y después de manifestar que no quiere hacerse cómplice de tanta farsa, renuncia al acta, sin que los demás diputados tengan para él otra cosa que palabras de sentimiento, pero sin que ningún otro se sienta capaz de imitarle, a pesar de que muchos de ellos no se ocultan de decir que los hombres sinceros se ven imposibilitados de hacer nada útil en las Cortes.

Y el señor Maciá dijo bien claro, sin ambages ni rodeos, que continuar allí era hacerse cómplice de toda la farsa que se está representando, con cuyas palabras incluyó a todos sus colegas en la categoría de farsantes.

Como decíamos en el número anterior, no es esto ningún descubrimiento para nosotros, pero es de gran importancia que sea un hombre que ha actuado como parlamentario durante siete años, quien, al retirarse asqueado de la política, proclama la farsa del Parlamento.

## Camino de la Anarquía

El triste espectáculo que la sociedad ofrece en las presentes circunstancias, evidencia la gloriosa marcha hacia el reinado de la Anarquía.

Los partidos políticos, desquiciados por sus consecutivas derrotas, andan furiosos clamando actividad y perseverancia, pero el pueblo que empieza, ¡hora es ya!, a tildar la política como un cuerpo envenenador del ambiente, se muestra impasible a sus clamores e indiferente a toda tendencia partidista.

En el término de seis años a esta parte, cada vez que han funcionado las urnas se ha notado extremadamente un gran vacío, pero nunca la estocada fué tan severa como en las últimas elecciones.

A pesar de que los organismos políticos se han esforzado en representar «lo más selecto y más atractivo de su repertorio», la masa popular no ha respondido a sus generosos requerimientos.

Según las cifras facilitadas por la propia prensa política, podemos afirmar sin ningún temor a pecar de exagerados, que en Barcelona vota solamente el treinta por ciento de ciudadanos... Y es más: De este pequeño número de votantes la inmensa mayoría no siente amor alguno a la política, pues hay que excluir todos aquéllos que emiten el sufragio impulsados por el temor a la

mento de sueldo y la disminución de las horas de trabajo. Pero la gran masa, el pueblo consciente no conculga ya en esos achaques.

El hombre de hoy ya no es el autómatas del siglo pasado, cuya voluntad era seducida por cualquier charlatán de barrio. Los engaños y las decepciones concebidos en la política, alumbraron el cerebro de los incautos y los condujeron al seno de la realidad en donde repasaron la conducta de los políticos, de cuyo examen dedujeron que su única preocupación es el progreso de sus bienes, usufructuando los intereses colectivos.

El hombre de hoy sólo quiere pan y libertad y por eso huye de la política, porque ésta, en vez de proporcionarle pan, se lo quita, y en vez de libertad le oprime. El marcha directamente hacia el nuevo horizonte, en cuya base yérguese majestuoso el gran edificio social, cuna de la humanidad futura...

¡Sigue, sigue adelante rompiendo los viejos tabiques de rutinarias tradiciones! Redimete de la política y redimirás al mundo.

Fuera la política, morirá el régimen de las panzas, caerán las instituciones burócratas, se hundirán los Estados y se disolverán las fronteras. Y los hombres de todas las patrias se confundirán en un fraternal abrazo, izando como pabellón universal el glorioso estandarte de la Anarquía.

RAMÓN BONJOCH

## BASTA YA!

Aquí, desde tierras lejanas, sintiendo, tal vez por reminiscencia atávica la nostalgia de la tierra donde el aura de un apacible viento besó mi frente infantil, y donde también las infamias sociales hicieron de mí un inadaptado, un subversivo, un rebelde, que por la impresión del crimen social primero, y después por la reflexión consciente, tornándome en luchador contra el mal. Aquí, desde esta Italia de los grandes crímenes y de los grandes genios, donde hoy no se oye más que el lamento desgarrador de las madres y de las viudas, desde aquí me represento con casi matemática exactitud al proletariado español, a ese proletariado con el cual conviví en mis mejores y primeros años de lucha, y desde aquí también lanzo mi grito potente y exténuo, que corriendo como una onda hertziana, a través del Océano, llegue entre la espuma del mar, y desde el Pirineo al Guadiana, y desde el Mediterráneo al Cantábrico, por todos los ámbitos de tierra española repercuta el grito viril: ¡Basta ya!

El proletariado español, por su calidad de espectador pasivo de la tremenda hecatombe que se desenvuelve en Europa, se halla en mejores condiciones que el de otros países, para apreciar con serenidad la trascendencia de su obra en el presente, para el futuro, y de la magnitud del gran crimen.

En completo fracaso los sistemas políticos gobernantes en Europa; anulados los programas políticos de los partidos extremos, republicanos y socialistas; revolviéndose en una convulsión de epiléptico el mundo burgués, que muere por su misma incapacidad administrativa.

Equivocados algunos individuos que estaban llamados a servir de orientadores en el actual desquiciamiento. Firmes en su lugar un buen número de compañeros activos e inteligentes de España. Firmes, también, los trabajadores de España, a pesar de las sugestiones verbalistas de políticos ambiciosos y encanallados, ningún momento más oportuno que el presente, ni ningún elemento más adecuado que el proletariado español, para conseguir un fin inmediato, acabar la guerra europea, y, otro mediato, terminar con la injusticia y el crimen de la sociedad burguesa.

La Confederación Nacional del Trabajo es la aspiración del proletariado militante de España recogida y condensada en la noble iniciativa de activos compañeros. Créanos, intensificando la propaganda por las regiones y comarcas españolas. Des-

pertar las dormidas rebeldías del proletariado. Unificar las fuerzas del trabajo. Barrer escombros de organizaciones inútiles que aun subsisten en España. Extender el radio de acción de una activa y enérgica propaganda revolucionaria, es tarea que por deber incumbe a todos, y yo no quiero citar nombres, pero en Cataluña, en Castilla, Andalucía, Extremadura, Aragón, Vizcaya, Asturias, Galicia, Valencia, Baleares, Canarias, y en todas partes, en fin, hay buenos compañeros y con suficiente capacidad para con su acción levantar el espíritu del proletariado y llevar a feliz éxito la magna obra de constituir la Confederación Nacional del Trabajo.

Hacer un organismo nacional que por su calidad primero y por su número después, tenga fuerza para oponerse de un modo enérgico y eficaz a la obra criminal del gobierno y la burguesía española, no puede ser más loable y digno de apoyo.

Constituir el proletariado español ese organismo nacional que ponga fin a la serie de crímenes y injusticias que con él se cometen, es deber de propia conservación.

Hacer después un llamamiento que lleve el sello de su fuerza y sus entusiasmos y el calor de su solidaridad a todos los trabajadores de los países neutrales, y formar con ellos La Internacional Obrera, integrada por un proletariado que moral y numéricamente tenga fuerza bastante para obligar a los gobiernos a someterse y doblegarse, es deber que ante el presente momento histórico no puede dejar de cumplir el proletariado español, so pena de hacerse cómplice del gran crimen que la honda crisis del régimen burgués ha provocado.

Constituir La Internacional Obrera, y ya con fuerzas suficientes, estrechamente solidarizados los trabajadores de todos los países neutrales, hacer un llamamiento que vaya sellado con el calor de fuertes y sódas convicciones, y con el amor fraternal, a los veinte millones de esclavos obsecados que hoy empuñan las armas en Europa, y al proletariado de todos los países en guerra, para que esta concluya y los proletarios del mundo griten en una suprema acción de sublime rebeldía reivindicadora de la humana dignidad: ¡Basta ya, asesinos!, es obra que por deber moral y de humanidad no podemos dejar de hacer; y nadie mejor, por sus especiales circunstancias, que el proletariado español, debe y puede ser el iniciador y propulsor de esta obra altamente humana y libertadora.

En los momentos en que la sociedad burguesa oscila como el péndulo de un reloj, conmovida en sus cimientos por sus mismos crímenes, nuestra acción francamente demoledora y revolucionaria tiene que ser más intensa y más extensa. Nuestras energías se han de desplegar con una actividad, igual al vértigo de locura que invade el alma de la burguesía agonizante. Nuestra abnegación y nuestro heroísmo, han de ser iguales a la crueldad y cobardía de nuestros eternos asesinos, y en su obra criminal y monstruosa, hemos de responder con un formidable movimiento que, iniciándose nacionalmente, se extienda con asombrosa rapidez a todos los confines de la vieja Europa, y que corra con igual rapidez por todos los confines de la tierra.

La formidable huelga general revolucionaria, que tantas veces hemos proclamado como el arma terrible que pondría fin al reinado de la burguesía, ningún momento en la historia ha sido tan favorable como el presente, ya que la miseria, el dolor, las lágrimas y la injusticia, han invadido el mundo de los desheredados con más intensidad que nunca. La impotencia, la mentira y la ineficacia, de lo que hasta hoy ha sido el último refugio de los verdugos y la última esperanza del proletariado, la organización de la democracia mundial, se ha patentizado de forma que no deja lugar a dudas. Se afirman y reafirman más y más, la superioridad de nuestros principios anárquico-comunistas, y la superioridad de nuestra capacidad administrativa, queda demostrada en el sereno análisis que de las desgracias y el sufrimiento humano hacemos, y de la forma que queremos que desaparezcan. ¡Basta ya!

La posibilidad de una sociedad justa que se base en el armónico conjunto de la naturaleza, ha sido entrevista por el mundo del dolor eterno. Nobles y valerosos corazones laten a impulsos de la humana aspiración de libertad. «Hacia la Anarquía camina la Historia», ha dicho Bovio. Por la anarquía luchamos nosotros, y ella se impone. Sea el proletariado español el que, con su organización nacional, grite primero. ¡Basta ya, tiranos!, y que de allí parta el fuego que carbonice los restos del mundo burgués, que está en ruinas.

RAFAEL RUEDA LÓPEZ

Génova, Noviembre 1915

## El fruto del monstruo

Los germanófilos y simpáticos de la «kultur» y del «apogeo militarista» nos aseguran que los Imperios Centrales vencedores, acerrarán una era de grandeza y de prosperidad para España. Postergada por su vecina Francia y por la «pérdida Albión», recobraría, dicen, su Gibraltar y hasta las Repúblicas Sudamericanas. ¡Que podría ser la España de Felipe III!

¡Ahoranzas que el ruido de las armas despiertan! Para nosotros, humo; promesas que no nos preocupan, ni nos atañen.

Los aliadófilos y simpáticos de las Democracias y de la Liberalidad limitada nos anuncian, después de la victoria de los aliados sobre los austro-alemanes, días de gran porvenir para el pueblo español; expansión y ampliación de las libertades en todas las gamas del orden social; aplastamiento del militarismo conquistador teutón; elevación moral y material de la clase trabajadora y salvación del espíritu revolucionario, amenazado por la hegemonía germana. También sabemos lo que quiere decir todo esto. Sacar las castañas del fuego para que otros se las coman.

Por fin, los ex-compañeros anarquistas, sindicalistas y socialistas, partidarios de la «guerra a outrance», de la participación en la defensa de la patria, alegan, para justificar su vergonzosa claudicación, que si han dejado provisionalmente de ser internacionalistas, pacifistas y humanistas, es porque esta guerra no es de conquista, sino de defensa; porque hay constituciones más democráticas las unas que las otras; porque hay militarismos más bárbaros unos que otros; porque existen formas de matar, de saquear y de violentar menos violentas unas que otras; porque hay derechos de gentes que hacer respetar, y porque, en fin, los principios de los derechos del hombre y del ciudadano, patrimonio de los valerosos «sans-culottes» peligran. Que hay que aniquilar al militarismo teutón, y con él al viejo Dios, y después ya nos ocuparemos todos juntos de nuestra organización y de nuestra propaganda. Mientras, a los que, fieles a los preceptos de la moral revolucionaria o anarquista, y consecuentes con nuestras propias actitudes de internacionales, iconoclastas y humanistas, no les hemos seguido en el peligroso laberinto, en el cual se han aventurado, nos insultan, nos denigran y nos calumnian. Parece que nos envidian el usufructo de los beneficios que su cooperación en la horrible tragedia debe sin duda proporcionarnos.

Pues bien, sabed ¡oh, vulgares escuderos de los «cruzados modernos»!, que no creemos demasado en los anhelados beneficios que vuestra voluntaria cooperación, y el resultado, fueren cual fueren, de la colosal matanza, puedan reportar a la clase trabajadora; porque si bien es verdad que una gran penuria de brazos parece suceder a la exterminación humana presente, también es posible que los mismos traficantes que han ido a reclutar la carnaza a las Indias y a las regiones tropicales del África, para inmolarla en el campo de batalla vayan a buscarla de nuevo para agotarla y exprimir en el campo del trabajo. El ejemplo del empleo de los cafres antropófagos en las minas de oro del Rand (Transvaal) para reemplazar los blancos en huelga, está presente en nuestra memoria y podría servir de apoyo a nuestros temores. Además, harto demostrado está que la gran inconsciencia y la fatal ignorancia de la masa, nos impiden aprovechar fructuosamente de las ocasiones que se nos ofrecen.

Pero si no fuese así, si después del aplastamiento de uno de los dos bandos por el otro, la paz nos legase un bienestar mejor, sin que fuese adquirido por nuestra lucha social y económica; un bienestar que fuese el fruto exclusivo de la guerra, no podríamos aceptarlo sin alguna repudiación, porque sería el resultado híbrido del ayuntamiento de dos fuerzas antagónicas, confundidas en una lucha impropia de sus intereses comunes. Un bienestar conquistado con la ayuda de nuestros adver-